*En las aguas profundas que acunan estrellas,*

*Blanca y cándida, Ofelia flota como un gran lirio.*

*Ofelia: Arthur Rimbaud*

I

Fue en los años crepusculares de su jubilación cuando don Anselmo empezó a interesarse por el arte de los zahoríes. Los hizo porque estaba convencido de que esos saberes ancestrales le podrían ayudar a localizar y a retratar a la ninfa que, según él, habitaba en el arroyo. Por eso también pidió ayuda al pocero Justino, que llevaba toda su vida buscando agua por los campos de Guadayerbas con unas varas de olivo y un péndulo de hierro.

<< Las ninfas son las hadas del agua. Viven en las fuentes y en los arroyos, siempre que estén limpios. Porque la suciedad y la turbidez las espantan o las matan>>, nos decía el maestro cuando estábamos en su escuela. Y luego, mientras lo escuchábamos muy atentos, nos explicaba: << Son seres feéricos. Mujeres hechas fundamentalmente de materia emocional, aunque también se pueden hacer visibles en un nivel etérico, que es un estado más denso que el astral, pero más sutil que el físico>>.

Cuando acabé la carrera y aprobé las oposiciones, pedí destino en la plaza que ocupó don Anselmo hasta su jubilación, en la misma escuela donde me enseñó a creer en la verdad de los cuentos. Por eso a veces lo acompañaba durante sus paseos por la alameda del arroyo, para que compartiera conmigo sus nostalgias viejas de tantos años de magisterio. Fue allí cuando me habló por primera vez de una amante que tuvo en su juventud. << Aquella fue una historia de amor oculta y clandestina, porque ella estaba casada. Pero vivimos una pasión tan intensa que aún mantengo el recuerdo de aquellas brasas en que ardimos juntos>>, me confesó una tarde, con la mirada húmeda fija en el cielo ya encendido con las últimas luces del atardecer. << Después de amarnos durante varios meses, con la desazón y la prisa de quienes intuyen que las desgracias acechan y el futuro enseguida caduca, desapareció. Desde entonces, he querido preservarla de ese último dolor llamado olvido.>>

Aunque yo le pregunté quién era aquella mujer, y si vivía en Guadayerbas o era de otro sitio, él ya sólo me respondió que no podía desvelar si identidad, pues le prometió que, al tener marido, su nombre siempre quedaría en el anonimato de una pasión secreta, entre sus recuerdos íntimos e inconfesables. << Por eso nunca romperé aquella promesa de silencio>>, me dijo.

II

En su afán por estudiar el arte de los zahoríes, una mañana don Anselmo cogió el autobús y fue a Madrid, a comprar un libro que había visto en una revista de ciencia y esoterismo. Era el manual titulado *Radiestesia Moderna*, que el maestro leyó enseguida con admiración y entusiasmo.

Luego, en nuestros paseos por la alameda, me contaba que la belleza de esas artes ancestrales está en su sencillez; que ser zahorí sólo consiste en hacerse sensible a lo que buscamos, en despertar el instinto: esos impulsos profundos, interiores, que aprendemos a desatar cuando surge la necesidad, o aprendemos a imaginarla.

En otros tiempos, me explicaba el maestro, teníamos el instinto más desarrollado. Lo necesitábamos para sobrevivir. Por ello los primeros hombres vagaban guiados por unos impulsos interiores profundos y poderosos, en busca de presas, de cavernas y de agua limpia. Son fuerzas instintivas que, con el paso de los siglos, hemos ido relegando y adormeciendo; aunque siempre están ahí, esperando a que sepamos despertarlas. Siguen palpitando en nuestro cerebro. De ellas surgen la intuición o el presentimiento.

De este modo, aprendiendo a liberar esas fuerzas atávicas y remotas que la razón retiene y amordaza, don Anselmo se convenció de que podría detectar cualquier presencia que se ocultara a sus sentidos. Como las de aquella ninfa que tanto le obsesionaba y que, según él, vivía en las aguas claras de arroyo.

III

Además de introducirse en las teorías de la Radiestesia, don Anselmo buscó también la ayuda de Justino, con sus saberes y experiencias de pocero y zahorí.

Justino asistía entonces a las clases que yo impartía en la escuela por las noches. << No me quiero morir con las telarañas del analfabetismo>>, me dijo cuando se presentó en la escuela para recibir mis lecciones, en aquella clase de adultos que puse en marcha para ayudar a quienes consideraban que la edad no era obstáculo para adentrarse en los misterios de los números y las letras.

Justino me contó que era pocero desde su infancia, y que los saberes del oficio los guardaba en las láminas más profundas de su memoria. Pero una noche se presentó en clase con el libro de la Radiestesia.

<<Me lo ha regalado don Anselmo. Haz el favor de leerme alguna hoja, que ya sabes que yo aún no entiendo bien las letras, me pidió.

Por eso, desde entonces, ése fue nuestro libro de referencia para los dictados, los ejercicios de lectura y las actividades gramaticales.

Justino nunca me lo contó; pero yo sabía que él y don Anselmo estaban tramando algo, porque un día me pidió mi opinión sobre la posibilidad de detectar con las varas y el péndulo seres, o presencias, que están en un nivel etérico, <<que, según don Anselmo, es más denso que el astral, pero más sutil que el físico>>, trató de explicarme el pocero, con ojos de extrañeza y expresión de escepticismo.

IV

Fue en la taberna de Adora donde Justino y don Anselmo urdieron sus planes para fotografiar a la ninfa que vivía en el arroyo de la alameda. Aunque esto lo supimos algún tiempo después, cuando detuvieron a los dos y se celebró aquel juicio que ocupó durante varios días las primeras páginas de “La Voz del Guardayerbas”.

- Vamos a retratar a la ninfa, Justino. Está en el arroyo, a su paso por la alameda. Tú vas a intentar localizarla con las varas y el péndulo, intuyendo su presencia, que ya sabes que no es física, sino etérica – le dijo el maestro al pocero, sentados en una mesa de la taberna, después de haber bebido unos vasos de vino blanco.

- ¿No estará usted mezclando la realidad con la fantasía? Que a nuestra edad la cabeza tiende a perderse, don Anselmo.

- Está en al arroyo, Justino. A veces emerge para pasear entre las hierbas, en los juncos y las ramas de los árboles. Es una preciosa muñeca de ojos brillantes – Insistió el maestro, entornando un poco la mirada, ya empañada desde hacía varios años por la turbidez blancuzca de las cataratas –. Cuando tú consigas localizarla con las varas o el péndulo, yo enfoco la cámara donde me digas y disparo. Ya verás como así conseguimos retratar el fulgor de sus ojos verdes.

V

A pesar de su vista cansada y enferma, en uno de los paseos por la alameda, don Anselmo se dio cuenta enseguida del peligro que, desde finales del verano, empezó a acechar a la ninfa. Y era porque don Rodrigo, el alcalde, se empeñó en construir una nueva almazara, y, en lugar de hacer las correspondientes pozas para los desechos del alpechín, habían instalado una tubería hasta el cauce del arroyo, de forma que, cuando en enero empezaran a prensar las aceitunas, la sanguaza y los líquidos fétidos que sobraban en la elaboración del aceite irían a parar al agua, convirtiéndose así en un caldo negro, capaz de pudrir y matar a cualquier ser vivo que hubiera por allí.

- No lo podemos permitir, Justino. Si el alpechín llega al agua, la ninfa se muere – le dijo una noche don Anselmo al pocero, desolado -. Habla tú con el alcalde, que tienes más amistad con él. Dile que no puede envenenar así el arroyo; que hay vida, y gente.

Pero los intentos de Cirio fueron baldíos.

- ¿Qué intereses tienes tú en que el arroyo esté limpio? – le preguntó don Rodrigo cuando el pocero fue a verlo al Ayuntamiento.

- Por los álamos y los chopos, que se van a pudrir. Y por los pájaros y los patos, que no va a quedar ni uno si suelta la sanguaza. Y porque allí vive gente – le dijo al final.

- ¿De qué gente me hablas, Justino? – le peguntó el alcalde.

- De una ninfa, don Rodrigo; que, según el maestro, vive allí, en el arroyo – respondió entonces el pocero, abriendo mucho los ojos, como si él mismo se admirara de aquel hecho extraordinario.

- Estáis locos – zanjó enseguida la conversación el alcalde.

VI

Era un día próximo a la Navidad de aquel año cuando se esperaba al Gobernador Civil para que inaugurara la nueva almazara. Aunque llovía, desde primeras horas de la mañana, había un gran revuelo en la plaza. Frente al Ayuntamiento, don Anselmo el maestro y Justino el pocero, bajo un gran paraguas negro y antiguo, sujetaban una pancarta que decía: “En el arroyo hay vida. No la matéis”. Debajo pusieron varias fotografías que sacó el maestro de su archivo; en ellas se veía la hierba y los árboles en aquel paraje con distintos colores según las estaciones, multitud de pájaros entre las ramas, algunas aves acuáticas buceando y muchos animales bebiendo o chapoteando, a la sombra de los álamos.

Don Rodrigo se presentó escoltado por dos números de la Guardia Civil y por Rufino, el guarda jurado de sus fincas, que llevaba un rifle colgando a la espalda y una canana repleta de cartuchos en la cintura.

- ¿Pero vosotros os creéis que os vamos a permitir esta subversión? – gritó el alcalde cuando llegó junto a ellos.

Después hizo una señal con la cabeza a los guardias civiles, y a continuación se dirigió hacia la puerta del Ayuntamiento.

Y mientras los guardias esposaban a don Anselmo y Rufino rompía todas las fotografías que habían expuesto, Justino se fue detrás del alcalde. Cuando lo alcanzó, lo empujó y lo tiró al suelo, boca arriba. Luego le colocó en el cuello la punta metálica afilada del paraguas ya cerrado, y le dijo:

- Dígales que suelten al maestro.

Y sus palabras, más que una exigencia, parecían un buen consejo.

- ¿Cómo te atreves? – gruñó el alcalde con el hilo de voz que permitía la presión del paraguas en el cuello, al que ya agarraba con las dos manos, sin podérselo quitar de encima -. El maestro y tú os vais a pudrir en la cárcel, o en el manicomio. Porque estáis locos.

- Es posible – le dijo entonces el pocero, tomando ahora su expresión anterior de hombre tranquilo por otra con la mirada más afilada.

Luego empujó el paraguas con todas sus fuerzas, hasta que la punta penetró en el cuello.

Cuando llegaron Rufino y los dos números de la Guardia Civil, vieron cómo el alcalde mostraba una mueca de estupor, mientras emitía unos extraños graznidos, antes de quedarse con la boca abierta anegada de sangre y con los ojos, ya sin ver, mirando fijamente hacia el cielo de cemento oscuro del que no cesaba de manar una lluvia fina y fría.

A Justino lo encerraron en la prisión provincial a la espera del preceptivo juicio oral, que se celebró pasados unos meses, y en el que tuvo una sentencia condenatoria que no cumplió en su totalidad, pues la desazón del encierro y la falta de vino durante tanto tiempo le provocaron un estado de melancolía que le fue apagando lentamente; hasta que un día se acabó el crepúsculo y Justino entró en la noche definitiva y en la memoria, para siempre, de quienes lo conocimos.

A don Anselmo lo llevaron al hospital psiquiátrico. Aunque a los pocos días nos llegó la noticia de que se había escapado. Lo encontraron, ya muerto, en el fondo del arroyo de Guadayerbas. Fue entonces cuando algunos recordaron que ese era el mismo sitio donde se ahogó doña Ofelia, la maestra de la clase de las niñas.

Decían que aquella maestra había llegado desde una ciudad de norte aquel mismo curso, y que estaba casada, porque su marido, cuando le notificaron el accidente, viajó hasta el pueblo con toda la familia.

Ante mi interés y mi insistencia, los estudiantes de aquel tiempo recordaron que a don Anselmo y a doña Ofelia les gustaba llevar a la alameda a sus alumnos algunas tardes. Y, en aquellas excursiones, ella se ponía vestidos azules, velos y capas de color turquesa y flores en el pelo. De esta forma, vestida como una ninfa, les hablaba de los secretos de los árboles y de los pájaros, y les narraba cuentos de las hadas del agua. Hasta que se hacía de noche, y entonces les enseñaba a mirar los reflejos de las luces del cielo en el arroyo, y les decía que observaran cómo las aguas acunaban estrellas.

Pero una tarde, al pasar a la otra orilla, el puente de palos se rompió, y la maestra, que siempre iba delante, cayó al agua. Allí se quedó un rato, con los ojos muy abiertos, antes de hundirse definitivamente. El arroyo corría rápido y crecido, en aquel tramo próximo al río. Aunque don Anselmo enseguida se lanzó al agua, y después estuvieron buscándola durante muchos días, ya no la encontraron. Y el maestro nunca olvidaría aquella última mirada repleta de brillos que tenía su compañera cuando se sumergió

Fue entonces cuando supe que era ella la amante secreta de don Anselmo, Ofelia, ya habitando para siempre, con su vestido de ninfa, las aguas que por las noches acunan estrellas.